

Lealtad a la Corona

Erick Diaz



Capítulo 1

Octubre 10, 1760.

Aconteció que en los días del rey Carlos III, un hombre recorría las llanuras de la provincia venezolana siendo escoltado por una docena de soldados. Este hombre yacía sentado dentro de su carruaje andante y veía con gran esplendor el hermoso paisaje que sus ojos podían vislumbrar; desde el cielo rosáceo que por el atardecer causaba, hasta el horizonte donde el sol se ocultaba entre los valles semiáridos de aquellos lares. De pronto y sin previo aviso, el trayecto fue interrumpido y la escolta detenida, y un sargento montado a caballo se le acercó y le dijo:

-Su excelencia, el anochecer ya es próximo, y los soldados aquí presentes estamos cansados.

El hombre lo miró a los ojos con mucho disgusto y le replicó diciendo:

-Decidme, pues, sargento ¿Cuánto demoraremos en llegar a la antigua capital?

-Depende su excelencia -dijo el sargento-. Si seguimos yendo a estas horas llegaríamos después de la media noche, pero si acampamos aquí y proseguimos en el amanecer, llegaríamos mucho antes del mediodía.

El hombre, bajó del carruaje y notando que su escolta estaba fatigada, decidió acampar allí mismo para dejarlos descansar. Entones les ordenó montar el campamento y descansar, y que a primera hora de la mañana estuvieran preparados. Los soldados siguieron su orden y todos durmieron aquella noche.

No obstante, un par de soldados se levantaron a media noche cuando todos dormían, y he aquí que se alejaron del campamento llevándose consigo un par de botellas de licor y una lámpara. Entonces, ambos hombres se sentaron detrás de una gran roca para ocultar la luz de la lámpara, y ya encendida esta, comenzaron a conversar y beber.

-¡Ah amigo mío! -dijo el cabo-. Déjame decirte un secreto: El gobernador que duerme allá en su carruaje, no sabe lo que le espera al llegar a la antigua capital.

-¿De qué estás hablando Toledano? -preguntó el cabo Ramírez.

-Pues bien -murmuró Toledano-. Escucha con atención: He oído rumores acerca de un golpe de estado, y para ello planean asesinar al gobernador.

Cuando oyó eso, Toledano negó con su cabeza entre sonrisas diciendo:

-Imposible, ¿Acaso crees que un par de pendejos nacidos en la colonia pueden contra todo un imperio? ¡Estamos hablando del Imperio Español!

-Lo sé -respondió Ramírez-. Son solo rumores, pero debes tomar en cuenta las tensiones que se están produciendo en estas colonias. El rey Carlos está perdiendo el control de sus territorios y fronteras, por lo que es posible que inicie una insurrección.

-¡Tonterías! -exclamó Toledano entre risas y sorbos-. España reinará sobre estas tierras de por vida, y si el gobernador perece mañana mismo, ¡entonces me quedaré con sus joyas!

-¡Así se habla mi compadre! -dijo Ramírez.

Y tomando esta la copa rebosante de licor y llenando también la de su compañero, pronunció entonces:

-Brindemos ahora por España -dijo además elevando la copa-. ¡También por las provincias, por los cabos y por el pueblo de la provincia de Venezuela! .

-¡Y por el licor! -dijo Toledano.

-¡Amén!

Entonces ambos tomaron hasta emborracharse, y cuando ya era muy avanzada la hora, los cabos se quedaron dormidos detrás de la roca, y la noche transcurrió con normalidad.

Octubre 11, 1760.

Ya de mañana, el gobernador despertó junto a su escolta, y viendo que estos no habían despertado, cayó en cólera y exclamó a gran voz diciendo:

-¡Escolta, despertad! ¿El sol ha salido y vosotros aún andáis dormidos? ¡Levantaos de una maldita vez!

Los soldados despertaron abruptamente por tal alarido, y sintiendo temor de su gobernador, cada uno se levantó y se preparó lo más rápido posible mientras aquel hombre yacía parado viendo a tales insolentes; su enojo era tan visible como el suelo bajo sus pies, y aquellos soldados tuvieron temor de ser azotados o peor aún, dados de baja del servicio militar deshonrosamente y frente al pueblo. Cuando todo hubo acabado, y los

soldado estaban listos, el gobernador exclamó diciendo:

-¡Atención! -los soldados erigieron sus cuerpos con vista al gobernador-. Por tal barbaridad, cada uno de vosotros hará trabajo pesado por una semana, y que no se vuelva a repetir; de lo contrario, seréis destituidos deshonrosamente del servicio ¿Me oísteis?

-¡Si su excelencia! -respondieron todos unánimes.

Entonces montaron a caballo y prosiguieron su camino por la extensa llanura, dejando atrás a los cabos dormidos detrás de la roca. Y en esa misma mañana, y a una hora de la partida de la escolta, el cabo Ramírez despertó con resaca, y al levantarse, notó que la escolta se había marchado. Entonces despertó bruscamente a su compañero, tomó las cosas que había allí y las puso en su caballo.

-¡Toledano! -gritó el cabo al montar su caballo-. Hermano rápido, prepárate y monta tu caballo, inos han dejado botados!

Toledano se levantó al oír eso y cuando notó que no estaba la escolta, su cara se torno blanca y sin expresión.

-¡Rápido Toledano que no hay tiempo! -gritó Ramírez.

El cabo entró en razón y se preparó lo más rápido que pudo.

-Espera Ramírez -dijo Toledano apresurándose torpemente-. Casi se me olvida la lámpara y el licor.

-¡No seas imbécil! Deja eso allí, por ello estamos como estamos. Si no llegamos a la ciudad junto con la escolta, nos castigaran.

Toledano comprendió y dejó el licor y montó su caballo, entonces ambos cabalgaron por la árida llanura tomando un atajo fuera del camino, para así tratar de alcanzar a la escolta.

Mientras tanto, uno de los soldados de la escolta notó que faltaban dos en la formación, y entonces le murmuró a uno que estaba alado suyo:

-Oye, mira allá atrás -señalo el lugar-. Faltan dos. ¿No éramos acaso doce hombres?

El soldado volteó la cabeza y notó también la cuestión. De pronto, y aún en movimiento, el sargento Cristóbal Bastidas, un español robusto y de buena cuna, estaba delante de ellos dos, y les dijo:

-No os preocupéis por esos pibes, son el cabo Ramírez y el cabo Toledano,

capaz a media noche se alejaron para beber, como siempre.

-¡Por supuesto sargento! -dijo otro acercándose-. Por eso que no había tanto licor cuando despertamos.

-Dejadlo así, no se lo comentéis al gobernador. Que se encargue de ellos nuestro comandante allá en el cuartel. -dijo el sargento-. Mientras tanto, que uno corra la voz a los demás, y si uno llega a comentarle algo al gobernador, que está más que irritado, entonces se las verá conmigo al llegar.

-Yo correré la voz -dijo uno-. Esos bastardos se bebieron el licor, que Dios los ampare.

-Me parece bien -dijo el sargento-. Volveos a sus puestos.

Los soldados estuvieron de acuerdo y se corrió la voz, mientras tanto que el gobernador yacía leyendo un libro dentro del carruaje, sin saber nada al respecto.

Llegado entonces el media día, se vislumbró en el horizonte edificaciones grandes y pequeñas casas: la escolta ya había llegado a la antigua capital. La arquitectura de aquella ciudad era de un estilo barroco, con paredes pintadas de rojo, azul, amarillo, rosado y demás colores. Las paredes eran frisadas con barro y las casas tenían balcones con pasamanos de madera. Las calles eran empedradas y los árboles, llamados cuales, adornaban los caminos del pueblo.

Entrando a la ciudad, la escolta se dirigió a la plaza frente a la iglesia, y había allí un pelotón formado de soldados. Al llegar, la escolta se detuvo en medio de ellos y una multitud de personas de diferentes castas (aristócratas, plebeyos, sirvientes, indios y esclavos) comenzaron a aplaudir y gritar el nombre del gobernador, quien bajó del carruaje saludando al gentío. De pronto, los tamborileros militares y demás músicos comenzaron a tocar sus instrumentos, y el estandarte de España ondeaba con el viento los cielos de la plaza, y el comandante Javier Sarmiento, criollo de nacimiento nacido en la pobreza, pero se ganó de buena manera su puesto, dio un paso al frente y exclamó a gran voz diciendo:

-¡Bienvenido a Santa Ana de Coro, la antigua capital y primera ciudad de la Provincia de Venezuela su excelencia!

Entonces la música cesó. Luego, el comandante, haciéndole señas a la multitud para que callase, pronunció las siguientes palabras escritas en una hoja de papel:

-¡Salud al Gobernador de la Provincia de Venezuela, el Capitán General Felipe de Estenoz! Estamos a su servicio su excelencia y espero que su estancia en Coro sea favorable.

-Gracias comandante -dijo el gobernador haciéndole un saludo militar.

Luego, el gobernador dio las gracias a la multitud y ordenó a que los soldados volvieran a sus puestos ordinarios. Cuando la multitud se dispersó, él se dirigió con el comandante al cuartel que allí cerca estaba y, cuando hubo llegado, le dijo:

-Comandante, me es necesario ir a visitar al obispo de la misión, por dicha razón, mandad al sargento Bastidas y a un soldado a vigilar la entrada.

-Entendido su excelencia -dijo el comandante llevando su mano a la frente.

De pronto, dos soldados llegan a caballo apresuradamente, y el comandante, al verlos, exclamó diciendo:

-¡Ustedes!

La vieja escolta del gobernador y el sargento Bastidas veía entre risas y murmuración la escena. Los dos soldados se llenaron de temor y bajaron de sus caballos; entonces el comandante se acercó a ellos y les preguntó:

-¿Dónde estaban?

-Comandante, nosotros... eh estuvimos... este...

-¡Déjenlo así! -exclamó el comandante-. El gobernador me ha ordenado hacer algo, y ustedes llegaron justo a tiempo.

Los dos cabos, sorprendidos, no supieron que responder, entonces el comandante mandó diciendo:

-¡Beban algo rápido! que parece que han cabalgado todo el amanecer, no quiero que se desmayen.

-¡Entendido sargento! -respondieron ambos.

Los dos cabos fueron rápido a beber algo para refrescarse mientras los soldados de la vieja escolta murmuraban entre ellos diciendo:

-¡Ah que pendejada! ¿Acaso no vio el comandante la tremenda resaca que tenían?

-Supongo que no -respondió uno de ellos-. Inclusive, deberían estar podridos de licor, y más con esta pela e' sol.

-Tienes razón -dijo otro.

-iBueno pues dejad de murmurar! -ordenó Bastidas callando a los demás-. Iré a hablar con el comandante, callad la boca e id a cambiaros, que trabajarán más por lo que habéis echo en el campamento.

-Por cierto -añadió él-. Si vais hablar o comentar algo, decídllo como un soldado del rey, nada de "pela e' sol" y esa estúpida vocería.

-Entendido mi sargento... -respondió uno de ellos.

Los soldados fueron a cambiarse con la cabeza viendo al suelo, y entonces Bastidas se le acercó al comandante y comenzaron a hablar.

-iComandante! -le dijo con saludo militar.

-iDescanse sargento! Cuénteme, ¿cómo estuvo el viaje?

-Estuvo bien Cristóbal
-dijo Bastidas-.

-iNo me llames así! Hay gente alrededor, comportate -murmuró el comandante.

-Disculpadme comandante, casi se me olvidaba.

-Pendiente con eso sargento.

-Esta bien comandante, ahora debo preguntarle algo. -Bastidas se le acercó viendo a los lados y le murmuró-. El gobernador está aquí... ¿Y ahora qué hacemos?

-Esperar -respondió el comandante-. Mientras tanto, deja que uno de esos dos cabos borrachos y estúpidos que llegaron tarde vayan contigo a la misión, elige al peor de ellos y monta la guardia frente a la puerta de la iglesia. Por cierto, has que el que se quede trabaje en las caballerizas.

-Además -añadió el comandante acercándose al oído del sargento-. Vigila muy bien al gobernador, tú entiendes lo que te digo.

Entonces el comandante se apartó de él y este último se dirigió a los dos soldados que estaban refrescándose.

-iOigan vosotros! -dijo a los dos cabos-. Tengo órdenes del comandante,

escuchadme con atención:

-Tú vendrás conmigo -dijo señalando al cabo Ramírez-. Y tú te quedarás a limpiar el estiércol de caballo en las caballerizas.

-¿Espere que yo que? -replicó el cabo Toledano.

-Lo que escuchaste. ¡Lárgate de aquí! Insolente. Y tú Ramírez, ven conmigo.

-De... De acuerdo comandante -dijo el cabo Ramírez.

Luego de irse el cabo Toledano, Bastidas y Ramírez fueron a tomar sus mosquetes, y el gobernador, quien dirigiéndose hacia ellos, les dijo:

-Sargento ¿estáis listo?

-Si su excelencia -respondió Bastidas-. El comandante nos ha ordenado partir con usted.

-Pues bien -dijo el gobernador-. Venid conmigo y velad en la entrada.

Entonces el sargento y el cabo escoltaron al gobernador a la misión, la cual quedaba justo frente a la plaza. Llegaron, pues, al lugar y el gobernador entró dejando de guardias a los dos soldados en la puerta. Y habiendo entrado ya, el sargento se dirigió al cabo con actitud amenazante y le dijo:

-Si volvéis a hacer lo mismo de anoche, os juro por Dios que amaneceréis tú y tu compañero en los médanos, ¿me has oído?

-¿Los qué? -respondió el cabo-. ¿El desierto de aquí?

-¡Que Dios se apiade de tu alma! ¡Claro que si! Ahora, Callad la boca, parecéis ya un pendejo.

-Si mi Sargento... -respondió temeroso el cabo-.

-Más te vale cabo, más te vale...

Y ambos soldados se quedaron allí haciéndole escolta al gobernador.